

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, FEBRERO 15 DE 1873.

{ NUM. 30.

CARTAS A LOLA.

CARTA VIII.

Al hablarte en mi anterior del respeto á los ancianos, te dije que todos tus prójimos te merecian amor, quiere decir, caridad. El corazon helado que no siente caridad para sus prójimos, no es capaz de ningun otro sentimiento noble y desinteresado. Así, pues, quisiera yo que tú procurases alimentar en tu alma ese dulce sentimiento de la caridad. Cuando veas algun pobre que sufre, ayúdale, consuélale como puedas, que yo estoy segura de que, si eres verdaderamente caritativa, no te faltarán los medios de hacerlo, pues habrás oido decir frecuentemente que *querer es poder*; en efecto, yo estoy convencida de que, si no es omnipotente, es por lo menos muy poderosa la voluntad. Procura tú tener el loable empeño de ser útil á tus semejantes, y lo serás aun cuando te parezca que una niña como tú no puede hacer gran cosa.

No puedes comprender cuán hermosa es la caridad; pero para darte una idea te diré, que ella embellece aun á la fealdad misma; que cuando brilla en el alma de una persona, eclipsa todos los defectos que ella pueda tener; que ella dulcifica y enno-

blece nuestro carácter; que ella nos conquista cierta dulzura inesplicable é incomprensible para aquellos que nunca la han sentido agitarse en su corazon. Practícala, pues, siempre que puedas, sin ponerte jamás á considerar si la persona á quien tratas de favorecer, es ó no digna de tu caridad; porque, ciertamente, si la persona no es digna de que se la socorra, no por eso será menos loable la accion, ni dejará por eso de sentir menos dulce satisfaccion quien la ejecuta.

La caridad, repito, nos ennoblece, nos acerca y nos asemeja á la Divinidad. Escucha lo que á propósito de esto traduzco de un autor italiano:

«El Omnipotente ama á los hombres, y quiere que cada uno de nosotros le ame. No nos es dado ser buenos, estar contentos de nosotros mismos, estimarnos, sino á condicion de imitar á Él en ese generoso amor; desear la virtud y la felicidad á nuestro prójimo, hacerle los beneficios que podamos.»

«Este amor comprende casi todo lo mas precioso de la humanidad, y es hasta una parte esencialísima del amor que debemos á Dios.....»

Juzga por esas palabras, de lo sublime que es la caridad. Yo quisiera inspirarte hácia ella la mas viva simpatía, el mayor aprecio; porque ella es la base, la fuente de todas las demás virtudes; porque

el que la posee, el que ama á sus semejantes, no solo no les hará ni el mas leve daño, sino que estará siempre dispuesto á hacerles todo el bien que esté de su parte; no solo no les ofenderá con una mirada despreciativa, sino que tendrá para ellos miradas de amor y compasion; no solo no les dirigirá una palabra ofensiva, sino que hallarán sus labios palabras de consuelo y esperanza.

MAGDALENA.

Febrero 1º de 1873.

EL CAMINANTE HAMBRIENTO.

Un viajero, teniendo que atravesar el desierto, colmó su saco de sabrosas frutas y otros víveres, para que no le escasearan durante su jornada.

Los primeros dias iba gozoso y alegre, y en vez de detenerse á recoger los frutos que la naturaleza ofrece en todas partes para alivio del viajero, seguia su camino, alimentándose de lo que llevaba en la alforja.

Al cabo de pocos dias llegó al desierto: ya no habia mas árboles que diesen frutas ni manantiales que brotasen agua: solo se veia una estensísima llanura cubierta de arenas recalentadas por un sol abrasador, que escitaba una sed insaciable. Nada

de esto aterraba á nuestro caminante, mientras requiriendo su alforja la veía hinchada de comestibles, y comía y bebía siempre que sentía el menor estímulo de hambre y sed.

Pasaron días y vinieron noches, y él veía disminuirse el peso de la alforja sin que por eso redujese su ración diaria. Al fin consumieron las provisiones cuando estaba á la mitad del viaje, y allí fueron lamentos y llantos sin que nadie los oyese. Después de muchas horas de sufrimiento, no pudiendo satisfacer el hambre ni la sed, espiró el pobre caminante, y las arenas del desierto, movidas por un viento impetuoso, cubrieron su cadáver.

Niño, tú eres también caminante en la jornada de la vida, en el camino á la eternidad. Ahora es el tiempo de recoger frutos y atesorar sabiduría; pero si el trabajo te aterra, y malgastas la primavera de tus años, llegarás al término de tu destino pobre de sabiduría y virtud, y más infeliz aún que el pobre caminante que pereció de hambre y sed en el desierto.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO V.

Del arreglo interior de la casa.

I

La buena educación no brilla únicamente en las tertulias y en el comercio general de la sociedad, sino que se refleja en todo lo que nos rodea y se encuentra naturalmente bajo nuestra inmediata inspección y gobierno.

II

Si examinada una casa en todas sus interioridades, encontramos que no hay en ella ningún lugar en que no se halle impreso el sello del orden, del método y de la elegancia, podemos desde luego asegurar que sus habitantes son personas finas y bien educadas.

III

En el patio y los corredores principales no deben ponerse nunca muebles viejos ó deteriorados.

IV

La sala es el punto general de recibo; y como teatro de toda especie de sociedad, debe estar montada con todo el rigor de la etiqueta. En ella no aparecerán nunca otros objetos que los que sirvan á la comodidad y al recreo de las visitas, los cuales estarán siempre dispuestos con orden y con simétrica elegancia.

V

Siempre que nuestras circunstancias nos lo permitan, evitemos que la pieza que sigue á la sala sirva de dormitorio; y si no podemos evitarlo, cuidemos de que las camas no estén jamás á la vista. El tálamo nupcial, ofrecido á las miradas de los que entran á la sala, no podrá menos que considerarse por las personas cultas y juiciosas, como un signo de vulgaridad y mala educación.

VI

Quando puede evitarse que la pieza indicada en el párrafo anterior sirva de dormitorio, es muy elegante el convertirla en lugar de recibo. abriéndola si es posible, una puerta que caiga al corredor principal, y montándola con toda la decencia que nos permitan nuestros posibles y sea propia de nuestras particulares circunstancias. En este caso, ella nos servirá para recibir á las personas que nos soliciten para tratar de negocios, y á nuestros amigos de confianza cuando vienen á vernos fuera de las horas ordinarias de tertulia.

VII

La pieza destinada para comer, estará ordinariamente montada con menos aparato que las piezas de recibo; pero el orden y la decencia deberán reinar siempre en ella, y habrá de estar dispuesta de manera que allí podamos recibir á nuestros amigos de confianza, los cuales pueden alguna vez visitarnos á las horas de sentarnos á la mesa.

VIII

Muy inocente es, sin duda, y aun laudable y útil el uso de adornar las paredes con cuadros que representan pasajes históricos, y en que se ostenten los primores y hechizos del arte sublime de la pintura; pero guardémonos de incluir en ellos los que contengan efigies de personas mal cubiertas, ó en actitudes contrarias á la honestidad y á la decencia, ó escenas que aunque en sí nada tengan de tachables, sean sin embargo sacadas de obras inmorales y puedan escitar el deseo de leerlas.

IX

La verdad histórica y la ardiente imaginación de los artistas, dan origen á infinidad de representaciones que ofenden el pudor, las cuales solo deben figurar en los museos y galerías de pinturas y en los gabinetes de los mismos artistas ó de los aficionados; y no se concibe cómo en algunas casas puedan fijarse en las paredes, para escándalo de los estrafios y para corrupción de las familias.

X

¿Por qué especie de aberración pueden algunos padres de familia creer asegurada la inocencia y el pudor de sus hijos, y sobre todo de sus hijas, tan solo porque aparten la vista de los extravíos de los hombres y de las miserias de la naturaleza, cuando han de volverla á esos cuadros que representan los mismos extravíos y las mismas miserias?

[Continuará.]

LA BURLADORA BURLADA.

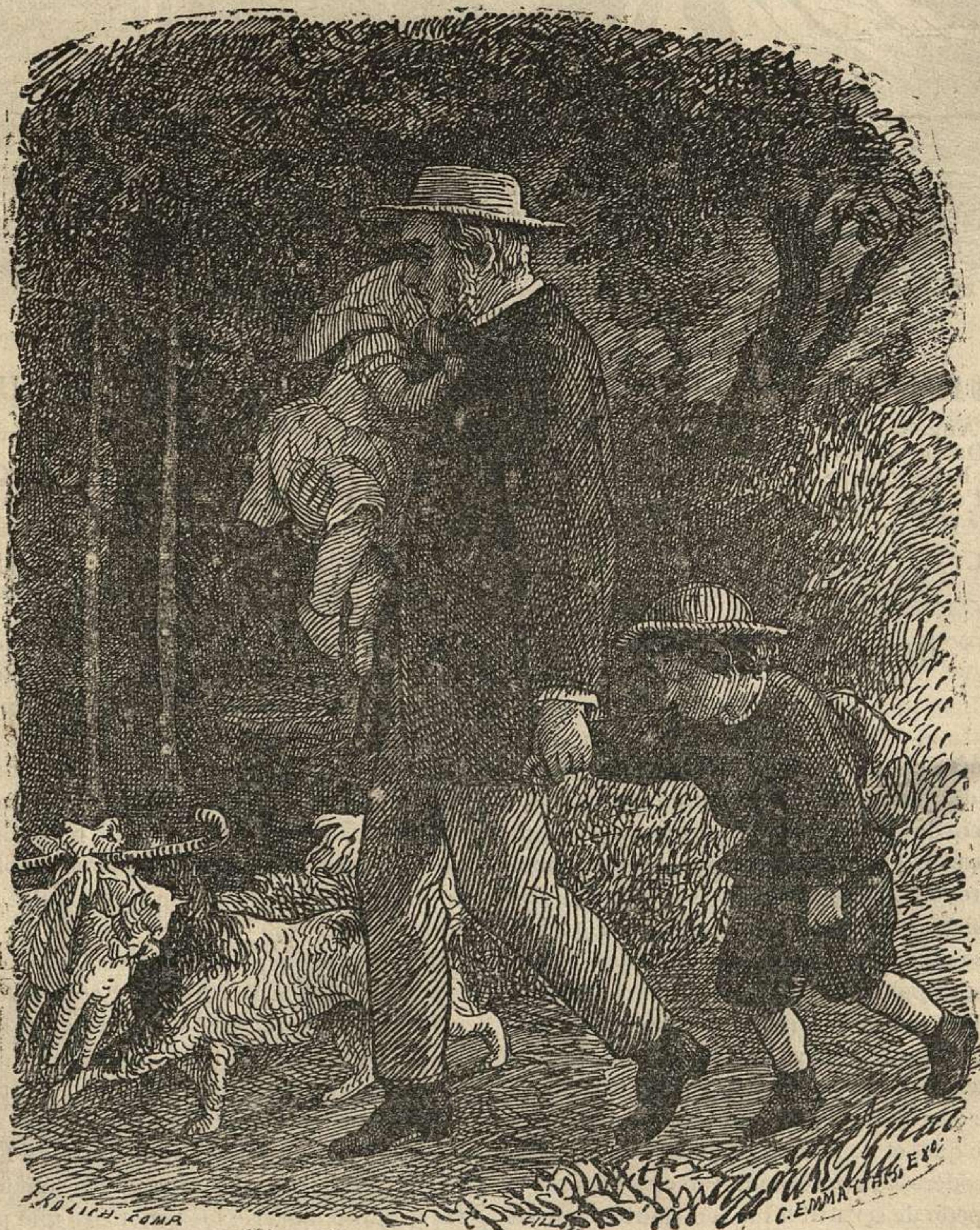
(FABULA.)

*Quien del prójimo se chunga,
Se espone á igual tratamiento,
Como lo prueba este cuento,
Que visto, tiene sandunga.—*

Una carta Isabelilla LLA.»
Mandó un día á su galán, DI-
Con este sobre: «Á MI JUAN, HAR-
EL QUE VIVE EN LA BU-

Hizo reir esto al majo,
Y tomando otro papel,
Puso el sobre: «Á MI ISABEL,
LA QUE ESTÁ EN EL CUAR-
TO TO
BA- JO.»

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XLV

Sacudido el polvo, buscado el sombrero, y tras de algunas cariñosas expresiones de reconvencción, el papá tomó á Elena en los brazos y por la mano á Fernando, mientras Gontran llevaba en la boca al *Sancho*, con el olvidado ya inútil bordon de viaje.

La angustia de Fernando subió á un grado extraordinario; había que deshacer lo andado, y no era moco de pavo caminar de vuelta las dos mil leguas andadas; pero era preciso resignarse, no habiendo otro remedio que dar paso tras paso.



XLVI

Con gran asombro de los viajeros, el papá debía de saber un camino de atajo, demasiado corto comparado con el antiguamente llevado; ni el Nilo, ni el Chimborazo quedaron á la vista; allá en el horizonte se divisaron las montañas de la Luna, y de improviso se ofreció la casa paterna con su jardín y todos

sus accesorios sin faltarle nada. Esperaba en la puerta la afligida madre, quien recibiendo á los niños con el júbilo de verdaderos hijos pródigos, imprimió un tierno beso en Elena, no sin derramar una lágrima de alegría.

(Concluirá.)

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL TRONCO DE ÁRBOL.

[Concluye.]

Pero diferentes lances que ocurrieron, presentaron en la apariencia dificultad á los estóicos propósitos de la pobre Victorina; y fué necesario ciertamente que ella se hiciese cual debía ser. Una noche de invierno en que se hallaba acostada en el cuarto de su madre, creyó oír un ruido en la habitación. Escucha temblando y respirando con trabajo. Un ruido sordo llega á sus oídos; discurre al punto que una lechuza ó dragon volante se han introducido por el cañon de la chimenea. Desea, pero no se atreve á despertar todavía á su madre, que duerme sosegadamente. Incorporada y transida del frío, quiere tomar un pañuelo grande de hombros, que acostumbraba dejar sobre un canapé inmediato á su cama; alarga el brazo, y palpa una cosa velluda, con lo que da al punto un espantoso grito. Despertándose de sobresalto madama de Valville, hace varias preguntas á Victorina, que le asegura, arropándose mas con las sábanas y echándose las frazadas sobre la cabeza, que un dragon volante ha entrado por la chimenea, y que allí cerquita de ella hay un animal montés por el que ha pasado la mano. «¡Ah! no hay que decir esta vez que es un miedo falso; yo misma he oído y tocado á estos monstruos horrosos. Van á despedazarnos.»

Mientras que Victorina exhala así todo su espanto, madama de Valville se levanta, enciende una luz, y descubre que el dragon volante era una mariposa nocturna que andaba volando por el cuarto, y que el animal montés que Victorina había tocado en efecto, y cuyas garras agudas había creído sentir

ya, no era mas que su manteleta de cisne que se habia quitado la víspera, y puesto por descuido sobre un mueble que estaba junto á su cama. Desarropa inmediatamente á la ilusa doncella, la arranca de debajo de las almohadas en que se habia acurrucado le hace palpable su estravagancia, consiguiendo finalmente que la risa se siga al pavor. Tan confusa como pesarosa Victorina de haber turbado el sueño de su madre, formó de nuevo la resolucion de armarse de valor, y renunciar para siempre á sus visiones, que la hacian con justos motivos el ludibrio de todas las gentes.

Siguiéronse al invierno los hermosos dias de la primavera. Hacia ya tiempo que madama de Valville habia recibido una carta de Ernesto, hijo único suyo, y hermano queridito de Victorina y Hersilia. Les anunciaba que habiéndosele enviado por el general de quien era edecan con unos despachos importantes para la Alemania, pasaria el 11 de Junio entre nueve y diez de la mañana por la calzada que atraviesa por los montes de Senars; y que celebraria infinito dar un abrazo á su familia, que podria hallarse reunida en el palacio de su abuelo; pero advertia al mismo tiempo que no podria detenerse sino una hora cuando mas, por exigirlo así las rigurosas órdenes que tenia recibidas.

Esta noticia llenó de gozo á M. de Mirecourt, á madama de Valville, é hijas suyas. Toda la gente de la casa celebraba igualmente volver á ver al joven edecan, ausente ya cerca de dos años. «¡Qué gusto tendré, decia Victorina, en apretar con mis brazos á mi amado Ernesto, mi amigo cuando era niña, y que me quiso tanto siempre! ¡Cuánto daria por estar ya en el dia 11 de Junio! será el mejor de todos los de mi vida.

Llegó luego aquel tan deseado dia. La alegría y felicidad se dejaban ver hasta en el último rincón de aquel palacio. Habiendo madrugado Hersilia y

Victorina, habian hecho preparar el desayuno mas espléndido, al que M. de Mirecourt tenia convidados á varios vecinos suyos. Dieron finalmente las nueve. «Si no fueras tan perezosa, dijo Hersilia á su hermana, iríamos á recibir á Ernesto en el camino real, mientras que nuestra madre se queda para recibir á las gentes.—¡Ah! respondió Victorina, si para eso fuera menester recorrer una parte del monte ya te lo hubiera propuesto yo.—Déjate de eso, repuso Hersilia; solo se trata de atravesar dos calles de árboles, una de las cuales está tocando con nuestro soto; ¡es tan fresco el sombrero de la hoja, el tiempo tan delicioso, y tan hermosa la naturaleza!..... Tendríamos la dicha de abrazar las primeras á Ernesto; es una ocasion favorable para domar ese falso miedo que te atrae tanta mofa, y que, como sabes muy bien, desagrada en tanto grado á nuestro hermano.—Pues bien, vengo en ello, dijo Victorina; sí, quiero probar á Ernesto que he seguido los consejos que me da en todas sus cartas; que ahora soy digna de ser hermana de un hombre valeroso cual lo es él. Dame el brazo, hermana; y sobre todo no me abandones, y entremos en el monte sin decir nada á nadie.»

A estas palabras abre Hersilia la reja del soto que caia á la primera calle del monte; déjala abierta y echa á todo correr por aquella primera calle de árboles con Victorina, que arrimándose mas y mas á su hermana, se estremecía toda á pesar suyo y mudaba de color, desde que pisaba la menor ramilla seca, ó que oía el mas ligero cefirillo que movia blandamente las ramas. «Vaya, Victorina, vaya; algo de ánimo; ya ves que no es nada, pensemos solamente en el gusto de volver á ver y abrazar á nuestro querido Ernesto.—¿No oyes un ruido terrible tras esas frondosas matas?—Es un gazapillo que va huyendo casi con tanto miedo como tú.—¿No ves al través de esa madre selva yo no sé qué de montesino que se mueve y quiere abalanzarse?—Es un corzo que nos toma por cazadores.—¡Ah! por esta vez estamos perdidas; ¿no lo oyes?—¿Qué pues?—Aquellos silbos que salen de esos álamos grandes.—Es quizá el canto de algun pájaro silvestre.—No, no; son silbos, te lo repito; ¿no oyes que vuelven á empezar? Es la señal de los ladrones, ¡salvémonos, hermana, salvémonos!..... A estas palabras huye Victorina toda espantada, corriendo á mas no poder; y tomando la primera senda que se presenta á su vista, se interna en el monte, y la pierde de vista Hersilia. Esta corre en balde tras ella; y reconoce riendo, que los silbos que su hermana tomaba como una señal de los ladrones, no eran mas que los agudos y repetidos sonidos que preceden comunmente al canto del ruiseñor. Llama de nuevo á Victorina, la busca por todas partes; pero temiendo perderse ella misma en aquellas malezas, vuelve á echar por la calle que conducia al soto de M. de Mirecourt, entra en el palacio, refiere el nuevo espanto de Victorina, y cuán en vano se ha esforzado en desimpresionarla de su estravagancia.

Apenas habia acabado Hersilia su relacion, cuando el ruido de repetidos latigazos y galope de los caballos anunciaron la llegada de Ernesto, que entraba efectivamente en posta: y en un decir Jesus se vió abrazado de su madre, abuelo y hermana. El gozo que Ernesto experimentaba de verlos le tenia tan embebido, que al pronto no habia caído en la ausencia de Victorina; pero buscándola bien presto con la vista, se discurrió que estaria enferma. Le tranquilizó Hersilia, contándole el lance que acababa de pasar en el monte. Ya conozco esa medrosa, repuso Ernesto; y me recelo que ha de ser incurable su mal. Sin embargo, me siento con suma necesidad de verla y abrazarla; ¡hace ya tanto tiempo que no he gozado de ese gusto!—No tardará seguramente en volver á casa, repuso M. de Mirecourt; pues habrá encontrado á varios pastores ó leñadores, que se mirarán como obligados á acompañarla hasta aquí.—Pero el tiempo urge, dijo madama de Valville; pongámonos á la mesa, y aprovechémonos de los cortos instantes que nuestro querido edecan puede acordarnos.—¡Cuánto abren las armas á los jóvenes! dijo M. de Mirecourt, dando nuevamente un estrecho abrazo á su nieto; no deja de tener aire

marcial; y aunque apenas ha cumplido los diez y siete años, le falta poco para ser tan alto como yo.»

Durante el desayuno no cesaba Ernesto de llevar la vista hacia los balcones que daban á la calzada del soto; y repetía á cada instante: «¡No viene mi hermana! ¡sería bueno que un miedo falso me quitase el gusto de verla!.....» Pasóse finalmente la hora anunciada por Ernesto. Siendo francés y militar, era esclavo de su obligacion; despues de haber abrazado á su familia, vuelve á montar á caballo, seguido de un nuevo postillon: tiende todavía la vista sobre la gran calle del soto, y echa por la carretera de Alemania, repitiendo, arrasados de lágrimas los ojos: «¡Oh, querida Victorina mia, no he podido, pues, abrazarte!»

Así que partió Ernesto, M. de Mirecourt y su hija, inquietos por la larguísima ausencia de la medrosa, y recelosos de que le hubiese acaecido algun pesado accidente, fueron con Hersilia y demás gentes del palacio al descubrimiento de la fugitiva doncella.

Al dejar esta atropelladamente á su hermana, se habia internado en un soto tallar, en que de nuevo oyó los mismos acentos del ruiseñor, que ella tomaba siempre por nueva señal de los bandoleros. Refugióse á una quebrada profunda. Allí se oía el propio ruido; internóse mas adelante todavía bajo unos árboles, diciéndose dentro de sí á cada paso: «Por fuerza está lleno de bandoleros todo este monte, pues los tengo á mi lado por todas partes; ¡si á lo menos me acompañara mi hermana! pero sin duda ha caido en poder de los ladrones, ¡y me veo sola! ¡oh Dios mio! ¿qué va á ser de mí?» Cuando estaba hablando así, una cierva que daba de mamar á su cervatillo, la descubre, y huye por medio de las malezas. El ruido que hizo el tímido animal causó tal pasmo en Victorina, que se pone tambien á correr, y se salva toda despavorida por medio de un monte hueco, cuyo solitario y oscuro sombrío daba nuevo aumento á su espanto; pero lo que acabó de turbar mas todas sus potencias, fué que pasando al lado de un viejo tronco de árbol, se asió en él su vestido, y quedó parada en su carrera. La pobre Victorina, convencida de que era un bandolero que ya le echaba la mano, se cae dando con la cara en el suelo, pidiendo á gritos misericordia, y recomendando su alma á Dios. Todavía estaba en esta postura, cubierta de un sudor frio y sin sentido casi, cuando M. de Mirecourt, madama de Valville, Hersilia, y cuantos los acompañaban, la alcanzaron á ver desde lejos. Creyeron ver en efecto que la habian acometido algunos animales bravíos. Madama de Valville y su padre espermentaron un espanto mortal; pero se tranquilizaron bien pronto con un movimiento convulsivo que hizo la fugitiva doncella, que con la imaginacion tocada siempre, juntas las manos, y sin atreverse á volver la cabeza, exclamaba: «Suplico á ustedes que no me maten, señores ladrones; me llamo Victorina, no tengo nada que poder ofrecerles; pero soy nieta de M. de Mirecourt, que les dará á ustedes una buena recompensa, si tienen á bien conducirme á su palacio de campo: ¡misericordia, señores ladrones, misericordia!»

Al terminar Victorina esta fervorosa súplica, descubre en fin que los foragidos cuya piedad ella imploraba, no eran mas que su madre, abuelo y hermana, que volvieron á levantarla; y apretándola en sus brazos, le restituyeron toda su razon. Su vestido, trabado todavía en el tronco de árbol, le hizo conocer su equivocacion; un ruiseñor que allí cerquita volvió á los sonidos precursores de su canto melodioso, la desengañó sobre los silbidos que ella creia oír á cada paso. A pesar de la turbacion que reinaba todavía en sus facciones, no pudo menos de reirse ella misma de su flaqueza, y de maldecirla. Pero lo que la movió á detestarla mas todavía, fué que Hersilia le comunicó que Ernesto habia pasado durante su ausencia, y que fiel á las instrucciones que le tenían dadas, se habia visto obligado á partir sin dar un abrazo á su queridita Victorina. «Si le hubieras visto, añadió Hersilia, no podia comer; no cesaba de mirar hacia el soto, y al subir á caballo me dijo, bañados en lágrimas los ojos: Ya que tan ridículo defecto me priva del gusto de estrechar en

mis brazos á Victorina, pntale bien todo mi pesar, y dale á lo menos este buen beso en mi nombre.»

La pobre Victorina se deshizo en lágrimas, al desempeñar fielmente su hermana el encargo que se le habia dado. «¡Qué! decia sollozando, ¡ha estado mi Ernesto una hora en el palacio, y no estaba yo allí! va á correr mil peligros en el campo del honor; no le veré ya quizá en mi vida; ¡y no he podido abrazarle á su tránsito, y manifestarle mis deseos por su felicidad y conservacion! ¡Ah! detesto ciertamente en este momento, y abjuro para siempre de mi nécio espanto.»

Esta postrera resolucion de Victorina fué irrevocable. Los duendes, sombras y bandoleros no vinieron ya á enseñorearse de su ánimo, ni á atormentar su imaginacion. Se habituó á examinar bien cuanto veía y oía antes de sobresaltarse; insensiblemente se volvió tan pacífica y animosa, como inquieta y temerosa habia sido al principio; y reconoció que el miedo del mal engendra con frecuencia mas tormento que el mal mismo.

EL CANDIL.

(FABULA.)

Querido amigo Fabio:
Si por ventura hallares algun sábio
Que vano y ostentoso sin segundo
Alarde vaya haciendo por el mundo
De su grande saber y su talento,
Refiérele este cuento:—

Cierto candil un dia.....
Digo mal, una noche, ardiendo estaba
De una cocina en la mansion umbrosa,
Y admirando su luz esplendorosa,
De este modo exclamó: «¡Por vida mia,
Que otro mueble cual yo, de ningun modo
Lo hay en el mundo todo!
¿Quién conmigo compite
En alumbrar al hombre iluso y ciego,
Y en evitarle, si mi luz le entrego,
Que en la senda del mal se precipite?
A mí se debe, y solo á mí, que vea
De su estancia peor en lo mas hondo
Cuando afloja tal vez todos sus gonces,
Pudiéndose de mí decir entonces
Que alumbro allí de su conciencia el fondo.
¿En dónde hay gloria cual la gloria mia?
Yo al hombre auxilio en su mayor apuro,
Y en su rincon mas hondo y mas oscuro,
Émulo del gran sol, le traigo el dia.»

De este modo decia exactamente
El bueno del candil, vano sin tasa,
Cuando el amo de casa
Que le oía impaciente,
Viendo acabado su charlar prolijo,
«¡Pobre candil! le dijo:
Si es verdad que tu llama es placentera,
No para mí, que tengo al fin bujía,
Y aun gas para alumbrar la casa entera,
Sino para el criado y cocinera,
A los cuales podrás en todo caso
Evitar por ventura algun fracaso
Con tu luz mortecina,
¿No lo debes á mí, que con deleite
Te doy torcida, y además aceite,
Por no gastar esperma en la cocina?
Podrás en lo que dices ser exacto;
Pero si es esa luz lo que te engríe,
Con un soplo no mas que yo te envíe,
¿No puedo yo quitártela en el acto?
El amo, dicho aquesto,
Dió con airado gesto
Un soplo no muy fuerte,
Pues para luz tan pobre era escusado,
Y el mísero candil quedó apagado,
Sufriendo oscura y merecida muerte.—

No te engrias jamás con tu talento,
Pues aunque raye en singular portento,
No sin razon arguyo
Que lo debes á Dios, y que no es tuyo.

Yo al menos desde el dia
En que ese lance oí, pienso y medito
En el que el génio y el saber envia;
Y para no incurrir en adelante
En la nota de altivo ó de pedante,
No cesan nunca de exclamar mis labios:
«OTROS TANTOS CANDILES SON LOS SÁBIOS.»

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Se ha asegurado que es poco lo que la educacion puede llenar: un grano de sal arrojado en la corriente de la vida, y rápidamente desaparecido.

Pero un filósofo griego presenta la verdad tal cual es: que se tomen dos perritos de una misma madre y se deje criar al uno sin educacion, se eduque al otro y se les exhiba al pueblo. El segundo, que ha sido educado, en vez de comer el alimento colocado delante de él, se lanzará á cazar un animal silvestre que se haya dejado oculto, mientras el otro perro caerá sobre la racion de carne, como una bestia de presa.

Aun si la educacion no hace portentos, puede hacer mucho, muchísimo.

El orgullo en los talentos que aprenden todo como espontáneamente, es una locura; porque esa temprana madurez, ese signo de la muerte cercana, esos principiantes, han madurado antes de tiempo.—QUINTILIANO.

Esceleste es el dicho del preceptor Lacedemonio: «Enseñaré á los muchachos á enorgullecerse de lo que es bueno, y aborrecer lo que es vergonzoso.»

Este es, en efecto, el fin mas noble que puede proponerse un hombre en la educacion.—PLUTARCO.

La preeminencia del hombre sobre todas las criaturas vivientes de la tierra, consiste en esto: en que puede reconocer algo mas alto y mejor que él.

Él viene á ser lo que es, por la naturaleza, el hábito y la instruccion.

Estas dos últimas cosas constituyen unidas la educacion y deben siempre acompañarse; la instruccion, sin embargo, debe preceder.

La instruccion tiene un fin interior; porque está en una naturaleza noble el inquirir lo que es útil ó instructivo.

La educacion es para preparar el alma á las instrucciones morales; así como los hombres preparan el terreno antes de colocar en él la semilla.

Solamente cuando el alma ha llegado á ser noble é inclinada al bien, puede ser instruida con ventaja en la moralidad; solo cuando ya hay buenos hábitos, pueden ejercer los principios su noble influjo.—ARISTÓTELES.

EL CANGREJO.

(FABULA.)

Resto de una comida
Que orilla de un arroyo fué servida,
Quedó sobre las yerbas arrojado
El conchudo cadáver de un cangrejo,
Lo mismo que la grana colorado.
Miraban y admiraban reflexivos
Otros cangrejos vivos
Aquel tinte magnífico bermejo,
Y cada cual de su interior exhala
Esta loca espresion: ¡Hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera
De poderse pintar de igual manera!
Oyendo la ocurrencia peregrina,
Díjoles un raton, docto en cocina:
Para adquirir matices tan brillantes,
No hay otro medio que coceros antes:
Mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
La mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida
Que á los varones célebres rodea,
Tome su historia y vea
¡Cuánto dolor acibaró su vida!